

SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

RECORDACIÓN DE GIDE. El 19 de febrero de 1951 murió en París André Gide. Habría que investigar si es solamente un respetable autor de biblioteca o si tiene un mensaje para la época actual, se preguntó Marc Beigdeber, al poco tiempo de su muerte. Responder a ese dilema no es el objeto de la recordación. Si redujéramos a unas fugaces líneas la obra, el fervor cotidiano de André Gide, sus cuarenta o cincuenta trabajos principales, afrentaríamos la memoria de un hombre a quien es justo desagrar. Del más noble estilista de la prosa francesa en nuestro siglo pocos son los que se abstienen de hablar. Su gloria, apagada hace mucho, dejó rescoldos que amonedaron símbolos: Gide es hoy, para quien lo desconoce, sólo el defensor de la homosexualidad, el apologista del acto gratuito, la muestra de un espíritu ya sepultado desde la otra posguerra. Hay algo en André Gide que impide la simpatía del lector, es de aquellos autores que pueden disgustar al público, a los críticos, sin detrimento de su calidad. Quizá su despiadada lucidez, su insobornable fidelidad a sí mismo (a sus creencias y a sus apatencias), quizá el peso de tantos años de prejuicios y mentiras, que enturbian todo acercamiento a su expresión. El inmolador que escribió un dramático y complejo *Journal*, el crítico literario que deja admirables páginas acerca de Dostoievski y de Montaigne, el narrador de *La porte étroite*, *Les caves du Vatican*, *La symphonie pastorale*, *Les faux monnayeurs*, el perfecto *Thésée* y sobre todo de *Si le grain ne meurt*, clásica muestra de autobiografía y narración, es también el poeta —amigo de Mallarmé, de Oscar Wilde, de Pierre Louÿs—, poeta al que le estorba la “poesía” y tiene que saltar los límites del verso, como en *Les nourritures terrestres*, y es el dramaturgo, nada ejemplar, de *Le roi Candaule*, *Saül*, *Oedipe*, la parte menos apta de su inmenso talento.

Hay que leer a Gide, no condenarlo ni exaltarlo. (“No amemos ni odiemos sin pleno conocimiento de causa. De lo que más se sufre es de ser odiado por aquellos a quienes se ama, y que deberían amarnos, nos amarían si tan solo consintieran en conocernos.” *Diario*, 5 de marzo de 1932.)

No es otro el homenaje: conocer a Gide, comprender la tragedia de su soledad, de su grandeza y de su amor (el terrible conflicto con Madeleine, su esposa, se halla presente en casi todos sus libros y detallado en *Et nunc manet in te*). No parece “un respetable autor de bibliotecas” el Gide que a los 77 años pudo creer que los únicos seres que podrían salvar al mundo eran los rebeldes. “Sin ellos todo habría acabado, nuestra civilización, la cultura que amamos y que dio una justificación a nuestro paso sobre la tierra. Los rebeldes son la sal del mundo y responden por Dios”... “Somos aquel que para alumbrarse en su camino se guía por la antorcha que lleva él mismo.” Aquí, en la conciencia de que cada uno es responsable, se encuentra la única posibilidad de salvación.

LA TENTACIÓN DE LA DESESPERACIÓN. En México se ha puesto de moda censurar la censura. Lejos de ser un deporte o un moderado ejercicio de la destrucción o la elocuencia, esa protesta inútil contra las autoridades cinematográficas es razonable y necesaria. Acaso en México no volverá a exhibirse íntegramente *La dolce vita*, estrenada fugazmente como para atenuar una Reseña en la que proliferaron los lazarillos y los monstruos sagrados. Acaso no veremos nunca en las salas de exhibición *Rocco y sus hermanos* ni las películas de Antonioni ni tantos otros films que el gran inquisidor considera deshonestos, subversivos, tendenciosos, disolventes. En cambio, basta examinar el periódico de hoy para ver cuáles son las películas que congregan multitudes y son un nuevo asalto a la razón. En sus secuencias no hay escenas “atrevidas” y se reza a la Virgen y matan con entusiasmo indios o japoneses. Una película tal vez decorosa, que al menos está basada en una gran novela, *La sombra del caudillo*, sigue “enlatada” porque a los ojos del tribunal aparece como lesiva a la dignidad mexicana y a las instituciones revolucionarias. ¡Estos sean tus dioses, oh Israel!

CARTA DE ITALIA. En *Negro sobre blanco*, boletín de la Editorial Losada, Darío Puccini presenta el panorama de la temporada literaria italiana en 1959 y 1960; hace el balance de la producción y nombra las ideas, corrientes y fuerzas polémicas que impulsaron a los escritores de su país durante ese período. *Nuovi argomenti*, la revista de Alberto Moravia y Alberto Carocci, hizo 9 preguntas sobre la novela. Respondieron Giorgio Basani, Italo Calvino, Carlo Cassola, Eugenio Montale, Elsa Morante, el propio Moravia, Pier Paolo Pasolini, Guido Piovene, Sergio Solmi y Elemire Zolla. Protagonistas y espectadores, desarrollaron un examen de conciencia alrededor de algunos temas que ha planteado la crítica europea: crisis de la novela, novela ensayística (como *Der Mann ohne Eigenschaften* del redescubierto Robert Musil, 1880-1942) o novela de representación pura (Ernest Hemingway); la nueva escuela narrativa francesa (Butor, Robbe-Grillet) y las posibilidades que encarna esta tendencia; proclividad de la novela moderna a desarrollarse en primera persona, en contradicción con la novela del XIX objetiva e impersonal; realismo socialista, problema del lenguaje en la narración, novela y dialecto, presente y porvenir de la novela histórica.

La experiencia de la novela en formas dialectales la han vivido Gadda (*Quer pasticciaccio brutto de Via Merulana*) y Pasolini (*Ragazzi di vita*, *Una vita violenta*). El casi extinto género de recreación histórica ha vuelto a vivir, ha recobrado su vigencia con *Il gattopardo*, el póstumo best-seller de Tommasi di Lampedusa.

Los dos premios mayores, el Stregga y el Viareggio, se otorgaron respectivamente a Carlo Cassola por *La ragazza di Bubbe*,

considerado por Puccini el libro más hermoso que se publicó en Italia durante 1960, y a G. B. Angioletti por una serie de evocaciones de grandes personalidades europeas, premiando, más que un título, una noble carrera literaria y una digna figura de escritor.

Asimismo, apareció *La scialo* de Vasco Pratolini (segundo volumen de la trilogía *Una storia italiana*, que inició Metello ya traducido al castellano) y el tercer relato fantástico de Calvino: *Il cavaliere inesistente*, del que informamos en su oportunidad. Algunos libros inéditos de escritores muertos: el denso y profundo *Último* diario de Corrado Alvaro y una novela inconclusa, *Mastrangelina*; los *Racconti* completos de Cesare Pavese, el gran narrador piomontés que ha inspirado una singular biografía, *Il vizio assurdo*, escrita por David Lojolo.

EL CINE Y BERTOLT BRECHT. El número de *Cahiers du Cinéma*, la discutida y desigual revista de crítica cinematográfica, correspondiente a diciembre de 1960, está dedicado a Bertolt Brecht, uno de los más importantes renovadores de la expresión escénica contemporánea, creador de una nueva concepción épica de la obra teatral y de un sistema interpretativo que ya se emplea en muchos teatros del mundo e influye en los más avanzados artistas de nuestra época.

Por vez primera en la historia de esta publicación, la totalidad de su contenido se refiere a un hombre de teatro. Brecht escribió el argumento de algunas películas, a menudo basadas en sus propias obras dramáticas: *La ópera de cuatro centavos*, dirigida por O. W. Pabst; *El señor Puntilla y su criado*, realización de Alberto Cavalcanti. Asimismo, intervino en la adaptación de algunos films: *Los verdugos también mueren* de Fritz Lang, *Arco de triunfo* y *Kühle wampe* de Slatan Dudow.

La escuela de actuación y escenificación que dejó Brecht ha empezado a notarse en los nuevos realizadores. *Cahiers* reproduce un guión de Brecht, algunas de sus consideraciones *Sobre el sistema cinematográfico*. Entre los textos que dan forma a este homenaje se publican *El ojo del maestro*, un admirable artículo de Joseph Losey (autor de *Chance Meeting* o *Deseo y destrucción*) y un ensayo en el cual Bertrand Dort aboga *Por una crítica brechtiana del cine*; piensa, como Bazin, que *Monsieur Verdoux* puede ser considerado, sin abusar del lenguaje, como un film que sigue ejemplarmente las ideas y las creencias de Brecht; y encuentra alguna similitud entre la producción dramática de aquél y las nuevas películas de Antonioni, desconocidas en México merced al celo de nuestros censores. Incan-sable, Dort halla el eco de Brecht en *Zazie dans le métro* de Louis Malle, y en *Las bonnes femmes* de Claude Chabrol, acaso los más notables realizadores de la *nouvelle vague*. Finalmente, Louis Marcorelles habla de la actualidad del gran dramaturgo, de su huella en un arte que en muchos aspectos se opone al teatro.